

Ortega Y Guadalajara

Por SILVIA COUSTEAU VIDA

DON José Ortega y Gasset, empujado por su afán de comunicar al pueblo su sentido vivir, reúne en su obra de «El Espectador» una nueva teoría de interpenetración con el hombre. Según él mismo nos indica en el prólogo de dicha obra, «es «El Espectador» la conmovida apelación a un público de amigos de mirar, de lectores a quienes interesan las cosas, aparte de sus consecuencias, inclusive morales». Quiere presentarnos la vida tal y como es, en su más tremenda realidad. Por ello, en su obra, tratará multitud de temas, desde sus teorías sobre la mujer, pasando por el aventurero y el amor, sin olvidar las Bellas Artes, hasta los paisajes más inverosímiles de su querida España.

Así podemos ver como don José Ortega y Gasset no olvida las tierras de Guadalajara, y siguiendo la ruta del Cid, se adentra en los parajes más insospechados.

Gran amante de captar la naturaleza en su misma esencia, su viaje «sentimental» lo realiza «sobre una mula torda de altas orejas inquietas». Su sentimentalismo le viene dado por el hecho de cabalgar por tierras que don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, pisó allá por el siglo XII. Ortega no es tradicionalista en cuanto que el pasado está siempre presente, sino que va más allá: «Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado», aprendiendo de él los verdaderos valores. Así ocurrió en estas tierras de Castilla: «Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria... ¿habrá algo más pobre en el mundo?», lamenta Ortega con gran pesar. Y, sin embargo, fue cuna del poema más entrañablemente castellano. El cantor del Mío Cid llamó a estas tierras «Castilla, la gentil».

Comienza entonces don José Ortega y Gasset su narración a través del campo castellano: sus primeros sentimientos son para el poblado de Sigüenza. Pero don Rubín de Cendoya —así se hace llamar— no va sólo con su mula torda: delante camina otra mula sobre la cual «navega» Rodrigálvarez —personaje que nos vuelve a sumergir de lleno en el poema—. En la mente del narrador, un simple guía de la región se ha transformado en un castellano noble.

Ambos personajes siguen el cauce del Henares, en cuyas laderas nacen unas discretas mimbreras, temerosas de asomarse al paisaje. A lo lejos queda ya Sigüenza, y en lo más alto se recorta la silueta del castillo. ¡Cómo olvidar su catedral, firme base espiritual en la lucha contra los moros! En efecto, Sigüenza fue lugar fronterizo. Por ello, castillo y catedral son todo uno, uniendo así las dos ideas basi-

cas de los castellanos: «ganar el cielo, o no perder la tierra...»

En esta catedral, en un rincón de la nave central, hay una capilla, y allí, en el interior del monumento funerario, reposan los restos de don Martín Vázquez de Arce, un valiente guerrero que sujeta en sus manos un libro: antítesis de coraje e intelecto «... fue un caballero santiaguista que mataron los moros...». Para nuestro caminante esta obra es una de las bellas de España, y en España, «casi todo lo grande es anónimo.»

Caminando por estos secos senderos castellanos se llega a una «inmensa huerta, propiedad del obispo, cercada por una magnífica tapia.» Es como el Jardín del Edén; en él penetramos por unas verjas de hierro. Y allí el paisaje cambia, la naturaleza ríe, llevando el compás de la fuente que nos da la bienvenida: «simples ruinas de antiguo esplendor.»

Abandonamos este valle, para adentrarnos en otro nuevo. Y en este pasillo se yergue el caserío de Alcuneza. Este pueblo, como casi todos los de la provincia, aparece súbitamente tras una curva del camino, detrás de una loma... En verano lo único que nos avisa una población es una ara bien cargada de cereal.

Rodrigálvarez le sigue guiando, y mientras cabalga habla lentamente, moviéndose «entre refranes como un balletero entre las almenas». Todos los hombres de esta campiña viven en perpetua defensiva: cada refrán es una espina que se clava.

Tras abandonar este valle, más o menos fértil, pero manchado desordenadamente de golpes de pincel ocre, nuestro nuevo valle es totalmente yermo: ni fauna ni flora. Fueron tierras pobres, y con su mudéz claman al mundo que morirán pobres.

Rodrigálvarez echa la culpa al hombre: no sabemos cuidar nuestra tierra; «España es un rosál», y como tal necesita mil cuidados y atenciones, para que pueda desarrollarse en su más espléndida belleza.

Continuando hacia el Este el valle se ensancha, pero no se enriquece. Así llegamos a Horna, poblado que se ciñe a la montaña, y cuyos frescos pies dan vida a plantaciones de patatas, judías y cáñamo.

El valle se pierde y va a morir al pie de la Sierra Ministra, zona más alta de España. Entre la grandeza de esta sierra aparece diminuta una graciosa capilla románica. Y en lo alto del paisaje: Medinaceli, «la patria del cantor del Mío Cid», se yergue heroica ante toda la comarca.